

lo ahora saber si mis antiguas creencias, mis constantes ideales han de modificarse bajo el influjo de esa atmósfera desconocida y de ese cielo tan brillante y colorido como el nuestro. ¡Ojalá y así fuese, porque habrían de aventajar con ello mis pacientes lectores!

Agosto 15 de 1900.



Milán, 18 de Julio de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Suc.

México.

**VEN**EME aquí en uno de los principales centros musicales de Italia, si no es que el principal, lejos de aquel París bullicioso y abrumador, lejos de aquella efervescencia de vida, que primero cautiva y acaba por hastiar, y lejos también de sus atractivos artísticos, que indudablemente son superiores á los de esta ciudad semi-muerta durante la terrible estación de calores. La horrible, insoportable temperatura obliga á huir á los lagos á todo el que lo puede; á las montañas, á la poética Suiza, que son otros

tantos refugios á donde se respira aire fresco y puro, y á donde se vuelve á la vida, porque con más de 35 grados que ha marcado el termómetro á la sombra, se vegeta solamente en un estado de aletargamiento y de perezosa somnolencia imposibles de sufrir.

Mis asuntos artísticos obligáronme, empero, á visitar Milán en época poco propicia para estudiarla musicalmente, y de ahí que poco, aparte de impresiones aisladas, pueda comunicar á mis lectores. Como se presumirá, los teatros, en su mayoría, están clausurados, las salas de concierto no se aventuran á ofrecer ninguno, y solamente funcionan en salones de espectáculos secundarios algunas medianas compañías de verso, como en el Carcano; de opereta, como en el Commenda, y de ópera seria (?) como en el Aurora y el Kurssal.

Aunque el teatro de la Scala está igualmente clausurado, tuve oportunidad de visitarlo y debo confesar que, en vista de la fama de que goza universalmente, esperaba encontrarlo muy superior. Es verdad que son excepcionales y quizás únicas sus inmensas proporciones, que su escenario es soberbio, y extraordinarias sus condiciones acústicas; pero atenúase fuertemente la impresión que se experimenta al persuadirse de las huellas que los años han dejado en aquel colosal edificio, al fijar la atención en su pobre y empolvado decorado y la carencia de elegancia

y gusto que se echan de ver por doquiera. Si á esto se añade la falta de limpieza y de *confort* que son legendarios y, por desgracia, muy reales en Italia, se acabará de juzgar la desagradable impresión que ocasiona.

Los teatros italianos, en lo general, recuerdan mucho á los nuestros por su aspecto y disposición arquitectónica; son feos y poco elegantes, dicho sea con franqueza, mal alumbrados, sucios, pobremente decorados, medianamente servidos en la escena, y, en suma, nada ostentan ni nada ofrecen de los atractivos y mejoras implantadas por la civilización europea. Debido á su antigüedad, y creo que también al carácter de los italianos, si no es que á la miseria que reina por aquí, los teatros se conservan á guisa de monumentos y no se les introducen mejoras de ninguna especie. Hay aún algunos iluminados con candilejas; los asientos son incómodos y están harto deteriorados; las decoraciones son tan viejas y malas como las de nuestros teatros; y si de aquí pasamos á detalles artísticos de importancia, la censura tendrá que ser más severa aún. Pero ¿para qué insistir? ¿para qué referir á mis lectores que no se han aceptado aún las mejoras indiscutibles que, en punto á colocación oculta de la orquesta y consiguientes efectos de sonoridad, son uno de los atractivos de los primeros teatros de Nueva York y Francia? ¿Para qué hacer hincapié en un atraso ya presentido de años atrás y ahora ple-

namente confirmado? Paréceme más prudente consagrar algunas líneas á una ópera nueva, estrenada justamente por los días en que verifiqué mi arribo á esta ciudad.

Gracias á la cooperación de varios capitalistas entusiastas, pudo el joven compositor La Rotella, hacer una corta campaña en el teatro Del Verme, con su drama lírico en tres actos titulado *Ivan*, á cuya tercera y última representación—casi sin espectadores—tuve el gusto de asistir.

El compositor La Rotella—que dirigió la orquesta—es joven aún, excesivamente joven quizás para afrontar una obra del empuje del *Ivan*, y es hijo—intelectual se sobreentiende—del Conservatorio de Nápoles, que es, dicho sea entre paréntesis, el que mejores frutos produce en Italia. La obra se había ejecutado por vez primera en los principios del año actual en Bari y obtuvo un éxito suficiente para animar á La Rotella á presentarla al público milanés. Este, si bien fué esquivo, á juzgar por el número de espectadores, se portó en cambio galantemente con el compositor, en cuanto á manifestaciones de entusiasmo, que sobrepusieron á las que tenemos costumbre de presenciar en México. Y aun así pueden llamarse frías para los que conocen el ardiente temperamento de estos públicos. Llamadas, gritos, exclamaciones, palmadas sin fin, ovaciones estrepitosas, sobre todo de las galerías, y . . . al día siguiente la fría decepción para el compositor

al considerarse tratado por la crítica con una rudeza, con una crueldad rayana en la injusticia. Y no es que la obra de La Rotella sea buena ni mucho menos, no es que deje de adolecer de los múltiples defectos que se la señalan: todo eso es positivo; pero sí apena y desilusiona que la prensa ilustrada se desborde en censuras, en reproches de temeridad y hasta en dicterios contra un joven inexperto, audáz si se quiere, pero lleno de fe, de valor, de sinceridad y también de méritos y buena instrucción musical.

El *Ivan* es una composición híbrida que acusa la inexperiencia del autor, su juvenil edad, esa edad en que el artista se lanza por todas las vías exploradas, sin encontrar la que convenga á su ideal y á su temperamento; mas, ya lo he dicho arriba, la ópera está escrita con calor, con intención, con el noble afán de fijar la atención del público; revela buenos estudios á través de una labor que participa de la de muchos maestros, y de todas suertes deja presentir un talento musical que podrá ó no fructificar, pero talento al fin.

Debe haber sido honda la decepción del incipiente compositor al leer algunas críticas como la que voy á reproducir á continuación:

Dice el *Mundo Artístico*, de Milán, en su número del 1º de Julio:

«Al siguiente día de la representación del *Ivan*, la crítica milanesa ha despertado al maestro de

sus dulces sueños de gloria á la fría y dura realidad. Y la crítica ha tenido razón. Se explican éxitos de esa especie, al pensar en las condiciones á que la especulación y la vanidad han reducido á muchos de nuestros teatros; pero no es suficiente lo que se deplora.

Los partidarios de La Rotella exclamaban aquella noche: «¡el autor tiene veinte años!» Bendito sea! veinte años son una primavera . . . . . y también una edad en que se debe tener paciencia. Llamar juez al público de los resultados de los primeros ardores juveniles que queman la sangre—y también el cerebro—es soberbia presunción, á menos que el ingenio no justifique la temeridad. El genio es un fenómeno, y ¡ay de todos los que escriben música si fuesen fenómenos!

Y La Rotella no lo es por cierto. Es un buen muchacho, rico de ingenio, dotado de fáciles aptitudes, que podrá llegar á ser un buen operista; pero por ahora no se puede decir más acerca de él.

Este *Ivan*, cuyo asunto y cuyo libreto son malos, ha sido complementado con una música sin personalidad, sin equilibrio y sin gusto. Es verdad que cuando se es joven se tienen muchas cosas que decir; pero La Rotella habla con las palabras de otros. De todo hay un poco en su música; pero de todo mal amalgamado y confuso. ¿Qué es lo que quiere? ¿A dónde va el autor? ¡Misterio! De Wagner á Mascagni, á Giordano,

ha hecho pasar á través de los tres actos de su ópera todo el teatro del siglo. De él no queda más que la diabólica sonoridad.

Fibra, dicen algunos, vehemente ardor de temperamento! Será; pero de armonía y fusión de los elementos orquestales, nada! Tamborazos, rugidos de latones, estrépitos asociados sin razón. Naturalmente, el público aplaudió al escuchar semejante fragor; pero ¿puede estar contento La Rotella con esos aplausos? Ya vendrán otros estudios, otras meditaciones coadyvarán á afinar la inspiración del compositor, quien procurará tener una personalidad y recordará que la música debe tener una lógica y un significado.

Al comenzar: ópera sobre asunto ruso, pero la música no se encarga de probarlo. De ruso no hay más que una canción. . . . húngara en el acto tercero, instrumentada á la española. Aquí y ahí se entrevén, se perciben apenas algunos agradables dibujos melódicos. . . . y nada más. Un intento de frasecillas no basta para justificar tres actos; uno poco de oro se pierde entre el pésimo oropel. Ahora bien, un joven puede errar, puédese perdonar á La Rotella cierta ingenuidad en la instrumentación, y aún se puede ser indulgente respecto á su dudosa originalidad; pero el mal gusto no se puede perdonar en un artista; la afición á los efectos vulgares no tiene atenuante alguno para el que comienza,

para el que, ante todo, debe estar animado por la fe en el arte y ser rico de abnegación, porque el sacrificio es el arma más poderosa en una batalla. Acaso más tarde, cuando La Rotella sea más serio, más austero y más cauto, pensará con dolor en éste su error juvenil. De todas suertes, tiene tiempo y manera de repararlo.»

Por el tono de la anterior crítica, análogo al de la mayoría de la prensa musical, los lectores tendrán idea de la lucha que los noveles compositores tienen que sostener contra el temido cuarto poder, que, aquí más que en ninguna parte, hace y deshace reputaciones y hasta genios inesperados.

Es doloroso comprobar esa actitud marcadamente hostil cuando no se tienen tras sí las influencias y los miles de liras de un compasivo editor...

Dejo aún muchos comentarios en el tintero y, en mi próxima correspondencia, trocaré la censura por el elogio, al ocuparme del «Liceo Musical Benedetto Marcello,» de Venecia, y de su admirable, inspirado y eruditísimo director, el maestro Enrico Bossi. He aquí una gran figura, un artista extraordinario, como no creía yo haber encontrado en la Italia musical contemporánea

Septiembre 1º de 1900.



Lucerna, Agosto 8 de 1900.

Sres. A. Wagner y Levien Sucs

México.

**El Liceo Musical «Benedetto Marcello,» de Venecia  
y su director el maestro Enrico Bossi.**



Al arribar á Milán con algún tiempo disponible, raro será el viajero que no experimente vivísimos deseos y curiosidad de conocer la famosa perla del Adriático, la gentil Venecia cuya fisonomía es única en el mundo, extraordinario su interés histórico y extraordinarios también los tesoros de Arte que ostenta por doquiera. Aguijoneado, pues, por tales deseos acariciados de tiempo atrás, embarquéme en el primer tren que partía rumbo á Venecia, una bella mañana prima-